

LA LUCHA ENTRE EL BIEN Y EL MAL

En el fondo, la lucha entre el bien y el mal - entendiendo por bien lo que se basa en el amor, el sacrificio altruista, la colaboración, la cooperación, la comprensión, el respeto... y por mal, lo basado en el egoísmo, el desprecio, la descalificación, la imposición, la intransigencia, la negación del diálogo, la calumnia, la difamación, la mentira... - esta implícita en la naturaleza humana.

Por supuesto que el bien total y absoluto nunca se logra. Pero es fácil localizar a quienes lo imaginan y lo persiguen e intentan su consecución. Lo mismo que es fácil detectar a los que actúan del lado del mal.

El problema estriba que el bien y el mal, aunque existen necesariamente y se necesitan recíprocamente para existir (no existe bien sin mal ni mal sin bien), no pueden convivir a la vez en el mismo momento y en la misma persona, porque son intrínsecamente opuestos. Y esa exclusión recíproca se manifiesta de la única forma posible: Mediante una guerra permanente.

Esa lucha, sin embargo, es muy particular. Porque el bien ha de vencer al mal haciendo el bien, pues de otro modo ya no sería el bien; mientras que el mal, aparentemente, tiene todas las ventajas. A primera vista, pues, siempre pierde y parece que perderá siempre, el que pone la otra mejilla.

Ese planteamiento de primera vista logra siempre desanimar a muchos impacientes, que no conocen la existencia y el juego de las leyes naturales. Porque hay una ley natural - y las leyes naturales rigen en toda la naturaleza, una parte de la cual somos nosotros - según cuyo mandato, el bien se suma, se aglutina, mientras que el mal se destruye a sí mismo.

Claro que una vida humana o una parte de vida humana es muy poco tiempo para ver con claridad el juego de esa ley natural. Pero la

Historia nos permite verlo con claridad. E, incluso, en nuestras vidas individuales, a poco observadores que seamos, comprobaremos cómo la gente que, aparentemente, adquiere mucho poder o riqueza o fama por medios no santos o hace de ellos, una vez obtenidos, un uso negativo y egoísta, acaba siendo víctima de sus propios aliados, electores, socios, defensores, sostenedores, amigos o simpatizantes, porque, lógicamente, también ellos se guían por el egoísmo. No falla. Es una ley natural tan inevitable como la ley de la gravedad, que no es más que otra ley natural. Por eso la Escritura reza: *“Mía es la venganza, dice el Señor”*.

Y esa es la explicación de que, por ejemplo, la iglesia cristiana, con todos sus errores e imperfecciones, con todas las barbaridades y arbitrariedades que, llevada a veces por tentaciones egoístas, ha cometido, como su mensaje, su sustrato, su raíz, se halla en el amor, la comprensión, el perdón, la bondad, etc., haya sobrevivido a toda clase de ideas, regímenes, guerras, persecuciones, etc. Y siga firme, a pesar de todos los avatares, mientras sus enemigos, sus detractores, sus críticos, sus perseguidores, sus reidores, se han ido combatiendo unos a otros y han ido desapareciendo sin dejar rastro.

Son las leyes naturales las que nos rigen. No nos engañemos. Por eso hay que estudiarlas y conocerlas y cumplirlas.

En política lo estamos viendo ahora en el mundo: Entre todos los regímenes políticos conocidos, la democracia, con todas sus imperfecciones, es el que más se aproxima al ideal del bien, ya que se basa en la igualdad de derechos y en el respeto a la libertad, que es el bien máspreciado del hombre, ya que lo hace dueño de su propia vida y su propia evolución. Otra cosa será la tendencia que, dentro de la democracia, tenga cada partido político hacia el bien o hacia el mal: hacia la diferenciación de clases o hacia la igualación; hacia la igualdad o la desigualdad de oportunidades para todos; hacia la atención de los más débiles, incapaces, necesitados, como una limosna o como una obligación ineludible; hacia la seriedad, la responsabilidad, la claridad, la diafanidad o hacia el engaño, la trampa, la calumnia, la injuria, la difamación, la crispación; hacia la consideración del adversario político como un igual o como un enemigo...

A pesar de esas grandes diferencias que, entre los diversos partidos, todo observador puede percibir, a pesar de sus fallos y sus

caídas en la tentación egoísta, que hay una desviación que sobrepasa a todas, que las hace insignificantes, que va contra la esencia misma, no ya de la democracia, sino de la naturaleza humana, y es el ataque a la libertad, el pretender imponer las propias ideas por la fuerza.

En esa tesitura estamos cuando estudiamos el problema del terrorismo, sea éste de ETA, del IRA Islamista o cualquier otro. Habiendo una democracia, como la hay en los países víctimas del terrorismo, con una serie de partidos, más o menos demócratas, con más o menos lagunas y tentaciones y caídas, ninguno de ellos discute el derecho de cualquier opción política a presentarse a unas elecciones, porque ninguno discute la libertad.

El problema del terrorismo, pues, está planteado como una lucha entre el bien y el mal, entre los que respetan la libertad de los demás y los que no la respetan, los que utilizan las leyes y los tribunales y los que utilizan las pistolas, la extorsión, el secuestro, el asesinato, el atentado y, en una palabra, la violencia que, por definición es la negación de la libertad.

Y aquí llegamos al verdadero meollo: Porque el bien debe combatir al mal haciendo el bien. ¿Y cuál es el bien?, se preguntará. Pues el bien es la ley que todos nos hemos dado democráticamente y que podemos cambiar democráticamente, si queremos. Por tanto, el mal del terrorismo no se puede combatir más que con el bien de la ley, que es igual para todos. Por eso está descalificado el terrorismo de estado, porque desde el momento en que nace, deja de estar alineado del lado del bien. Y el bien es el que todos queremos que nos gobierne. No hay más remedio, pues, que, cumpliendo la máxima evangélica, “poner la otra mejilla”, es decir, reconocer al terrorista todos los derechos que la ley nos da a los que no lo somos y ofrecerle todas las garantías y respetarlo como a cualquier ciudadano, pero sin dejar de perseguirlo a tenor de la ley. Y esperar. Porque la ley natural se encargará de, cuando proceda, cuando nuestra paciencia haya llegado al nivel por ella exigido, hacer que ese mal se empiece a destruir a sí mismo. Y se destruirá. Es una ley natural. Pero esa línea de conducta la hemos de tener todos muy clara: No salirnos del bien, o caemos en el mal, que es lo que precisamente estamos combatiendo, y perdemos con ello toda la fuerza moral para combatirlo. No caer en la tentación de creer que haciendo el mal, como los otros, “hablándoles en su misma lengua” como se suele decir, podremos vencer al mal y

obtener un bien. Eso nunca resulta porque no lo permite la ley natural, ya que el mal acaba siempre destruyéndose a sí mismo.

Cierto que también hay una ley natural según la cual “una mentira repetida acaba convirtiéndose en una verdad”. Pero hay otra ley natural superior, como hemos dicho, que hace que el mentiroso acabe siendo víctima de su mentira.

Todo eso, dejando al margen toda consideración religiosa, moral o ética y hablando sólo de leyes naturales.

* * *